

VI

Parto... Me echan los fríos, me reclama el combate;
de mi buena posada salimos yo y los míos;
parto...

Para la lucha, que ha de templar mis bríos,
mi mujer me da el yelmo y mi hijo, el acicate.

Partimos... La tristeza que en nuestro pecho late,
tal vez se os hace extraña, corazones bravíos;
no sabéis por qué, vueltos á vuestros caseríos,
el humo azul seguimos, en el espacio mate.

Era bueno, en la calma cordial de la posada,
hacer siega de estrellas; descontar nuestra añada;
soñar combates épicos y presentir sus modos;

vivir, solos, lo nuestro...

Desde mañana entramos
donde, el haz de esperanzas que de aquí nos llevamos,
—nuestra leña—echaremos en el hogar de todos.

TIERRAS DE ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

TRASCENDER

TRASCENDER

PRÓLOGO

La Naturaleza no está sola;
y estas viejas piedras, en las casas,
y estos siglos de hojas, en los bosques,
como mausoleos, guardan almas.

Más que por la línea de sus montes,
más que por el dejo de sus hablas,
por la voz de muertos—que trasciende de ellas—
estas soledades son Navarra.

Doblo, ante una peña, mis rodillas
y en dos de sus grietas hincó el arpa;
¡pónganme los aires, en sus cuerdas,
la canción que toman de estas hayas!

—Alta noche marcan las estrellas;
el paisaje de árboles y casas
lo soslaya, cándida, la luna
y proyecta sombras á distancia.

Sombras á distancia, que se animan;
sombras impalpables, que se agrandan
en remotas gestas de otros tiempos...
Solos, en la peña, cantan aire y arpa.

LA FUENTE DE ROLDAN

CANCIÓN DE GESTA

INVOCACION

Cuando los hombres son de tu temple, Roldán,
mueven á adoración dondequiera que van;
viven de corazón; no tienen otro afán;
todas las tierras son patria suya, Roldán.

Ni francés, ni bretón se acopla á lo inmortal;
ni cuja de lanzón, ni espada de metal;
dar al bien tu sanción y perseguir el mal;
no el francés ni el bretón te hicieron inmortal.

Traspone su Nación quien obra así, Roldán;
los frutos de su acción por todas partes van;
vive la creación pendiente de su afán;
todos los hombres son hermanos de él, Roldán.

Si hago la evocación de tu sombra inmortal,
como es de corazón, no lo lleves á mal;
toma en reparación mi pobre cantoral
de esta misma región, que te ha sido fatal;
y ella tome en lección tu bravura cordial,
ya que es de mi Nación hacerse á lo inmortal.

LIBRO PRIMERO

I

Los pastores descubren, á horas de aurora,
desde el Orzanzurieta de espalda corva,
la serpiente de acero que se desdobra,
por hayedos y valles, sobre Pamplona.

La jara se abre, al golpe de las manoplas;
la yerba de los prados toda se agosta;
y de lanzas y picas viene tal copia,
que son dorso de erizo todas las lomas.

Carlomagno va al frente, con su corona;
Roldán sigue sus pasos, de maza y cota;
y al otro lado, el túnico sobre las corvas,
Turpín, el Arzobispo, que le razona .

Los doce Pares vienen, entre la tropa;
en el casco embutidas piedras preciosas,
petos de oro y, prendiendo la capa lora,
broches, de los que labra Constantinopla.

Vuelven de escaramuzas con gente mora;
vinieron á terceros, en la discordia,
y combatieron—que era darle victoria—
por el Emir intruso de Zaragoza.

Cuando le dan el trono, pleito le toman;
vasallaje él les jura, por su persona;
y ellos llevan, en prenda, cuando se tornan,
cien mujeres y un arca llena de joyas.

Camino andando que hacén, Turpín razona:
«¡Bien la hubimos, en esta de Zaragoza!
»Pero cuenta, mesire, que se malogra,
»no atendiendo al provecho, más que á la gloria.

»Esta llave de un Reino, que va en tu bolsa,
»y estos pactos, que en feudo te lo abandonan,
»Emperador de Francia, ¿qué son, ahora
»que, entre Francia y tu feudo, vela Pamplona?

»Si, en fe de amiga, hoy abre paso á tus glorias,
»mañana, ¿quién te dice que no se oponga?
»Mira que es primeriza de la Basconia,
»pero tiene, en sus muros, dientes de loba.

»Si hacerla tuya cuidas que te deshonra,
»guarda la fe jurada, que es fuerte cosa;
»pero, en escaramuza, deja á tus hordas
»que destrocen sus muros, como que ignoran.

»Tú, como que castigas, pon cara fosca
»y entra á acabar la algará, de tu persona,
»cuando, el muro hecho ruinas, á la redonda,
»sin garras y sin dientes quede la loba.

»Mira, si me desoyes, que hoy abandonas
»para siempre estos llanos y estas congostas;
»vana jornada hiciste, no se te logra;
»¡dile adiós á tu feudo de Zaragoza!

»Tierras codiciaderas, tras ella asoman
»llercia y el condado de Barcelona;
»y, tendido en promesa sobre sus costas,
»todo el mar de romanos hasta Mayólica.

»Da tu adiós á estas piedras de tu corona,
 »si no cortas la mano que te las toma:
 »esta muralla oscura, si hoy no lo estorbas,
 »ha de tapar tu estrella como una sombra...

»Di mi consejo...—y quiero, si me lo otorgas,
 »que á mirar nos paremos el pro y la contra,
 »antes que sea tarde, junto á Pamplona,
 »de estos siglos de hayedo bajo las copas.»

Comidió Carlomagno: que es fuerte cosa,
 rompiendo la fe dada, crecer en honra;
 echó pie á tierra luego, paró á su tropa;
 sonaron en la selva cuernos y trompas.

Las lanzas de su lumbré rompe la aurora
 en lorigas y cascos, petos y cotas;
 y á consejo se sientan, sobre unas rocas,
 el Magno y sus caudillos, á la redonda.

II

A Turpín todos siguen en el consejo;
 ya va, por las mesnadas, un lampo bélico;
 las manoplas y mazas prueban sus hierros;
 ¡los muros de Pamplona vendrán al suelo!

Los doce Pares se alzan, de los primeros;
 como todos son mozos, son todo fuego;
 «¡verán las cien cautivas, de ojos tan negros,
 qué es ser, en los peligros, Pares del Reino!»

Carlomagno en los puños tiene revueltos
 los chorros de su barba, color de acero;
 mira aquellos alardes, con entrecejo;
 Roldán, que está á su lado, guarda silencio.

«—Roldán, el brazo mío, ¿cómo te veo?
 »Si no da sobre el yunque, ¿para qué quiero
 »tener, en ti, la maza mejor del reino?
 »¿Qué haces, maza, en el yunque de mi consejo?»

»—¡Forjaría una espada, mi señor bueno!...
 »Dios me lo está mandando, pero la temo.
 »Si traigo la discordia con mis consejos,
 »¿no es mejor que mis labios guarden silencio?»

Todas las trompas hacen el llamamiento;
 Carlomagno, en sus plantas, se irguió soberbio;
 y, en el hayal entrambos, del hayal dueños,
 Roldán es como un roble y él, como un cedro.

«—Caballeros de Francia, mis hombres buenos;
 »doy á Roldán la mano para el consejo;
 »como de mis caudillos habla el postrero,
 »que él recoja, en su juicio, todos los vuestros.

»Terminado que él hable, guardad silencio;
 »hombre de brazo, hablando, falla á derecho;
 »de sus razones, hago mi mandamiento;
 »las palabras que él diga las cumpliremos.»

Tiende el brazo, jurando; y es tal su peso,
 que, al recibirlo, el aire para, suspenso;
 con Carlomagno juran sus caballeros;
 los doce Pares guardan el brazo quieto.

Roldán habla, á seguidas, sin miramiento:
 «—Carlomagno el romano, señor de pueblos,
 »Dios te dió la corona, Dios te dió el cetro;
 »Dios, el manto marino de tus imperios.

»Dios te ha dado tu trono; Dios, tus ejércitos;
 »Dios, la mano que es tierra, la ley que es hierro;
 »Dios te ha dado, en los años, tus consejeros:
 »tú sólo puedes darle tu fe de bueno.

»Dios puede arrebatarte corona y cetro,
 »la cohorte de gloria de tus ejércitos,
 »hacer tu trono astillas, polvo tus huesos;
 »sólo no ha de arrancarte tu fe de bueno.

»Carlomagno el romano, señor de pueblos,
 »que tus entrañas sean pasto á los cuervos,
 »tu propia vida entrega, ya no tu reino,
 »¡antes que quebrantarla, tu fe de bueno!»

»La fe jurada es flecha que guarda el cielo;
 »Los muros de Pamplona ceden á un cerco;
 »¡resiste eternamente Dios, en lo eterno!
 »Rey que no guarda juro, no guarda pueblos.

»Respetemos la villa, señor el bueno;
 »tu fe, de que la has dado, crea derecho;
 »tus triunfos, contra ella, son vencimientos;
 »si tu reino peligra, ¡pierde tu reino!

»¡Si tu reino peligra, pierde tu reino!
 »te lo he dicho dos veces; ¡óyelo ciento!...
 »Cuando, mendigo errante, por los senderos,
 »llegues al otro lado del Pirineo;

»cuando aquí te dejares corona y cetro,
 »tendrás, en tus entrañas, tu fe de bueno;
 »Dios contigo; y enfrente del universo,
 »tu Roldán, con su maza, de valedero.

»Tu Roldán, que te grita: Señor de pueblos,
 »mira á tu fe jurada, no á tu provecho;
 »Dios me puso á tus plantas para tu siervo
 »y, cuando el tuyo pierdas, á fe de bueno.

»¡mi maza es un martillo que forja reinos!»
 —Las últimas palabras no toman viento;
 Carlomagno, en sus brazos, le tiene prieto;
 callan todos, por que hablen pecho con pecho.

A la tarde, salían de los hayedos;
 Roldán y el Rey arrastran todo el ejército;
 sólo los doce Pares quedan adentro.
 —Con sus mesnadas hacen pacto secreto.

III

Este es Renardo el monje, que les aboga,
la cruz entre sus manos, la fe en su boca,
cuando Carlos conoce la gesta odiosa
de sus Pares de Francia sobre Pamplona...

—«La injusticia del hecho comprenden toda;
»que tú no lo quisiste dirá la Historia;
»Dios ha visto en tu entraña; tu, rey, ahora,
»mira á sus mocedades y les perdona.

»Estas hembras cautivas, las de Mahoma,
»á taimadas, son causa de la discordia;
»que el hecho fué, por darles la vanagloria
»de una fiesta de guerra, sobre Pamplona.

»No profanaron templos; no llevan joyas;
»cautivos no pidieron á la Basconia;
»no hicieron daño, sire, de sus personas,
»si no es en las murallas, que dejan rotas.

»Por Este, en cuya sangre renovadora
»ya se lavaron, sire, las culpas todas;
»por tus barbas belidas, que en nieve agostan,
»mira á sus mocedades y les perdona.

»Mira, sire, que al cabo, si á ti te enoja,
»la deshonor aceptaron sólo en tus honras;
»que, á favor de sus armas, tienes, ahora,
»libre el paso á tus feudos de Zaragoza.»

Carlomagno revuelve la faz en sombra;
la batalla perdida tiene el que aboga;
dos rayos son, debajo de su corona,
los carbunclos bruñidos de sus dos órbitas.

Ya Renardo, el buen monje, para ellos torna...
Roldán se hinca de hinojos y habla, en buen hora:
«—Mira á sus mocedades y les perdona;
»mas disculpa no tienen; pero ésta sobra.

»Si gracia no te valen, en sus personas,
»su prosapia, su alcurnia, su antaña gloria;
»si gracia no te vale su gesta odiosa,
»¡la mocedad de Francia las vale todas!»

La faz de Carlomagno se muda, ahora;
 una brisa la envuelve llena de aromas...
 ¡Qué laderas floridas, en su Narbona!
 ¡Mocedad la de Francia, jardín de rosas!

El monarca y el héroe callan la boca;
 que entrambos pensativos, entrambos lloran:
 ¡mocedad la de Francia, jardín de rosas!...
 «—¡Ve á los Pares y diles que les perdonan!

»Que el Rey olvida... ¡olvide, con él, la Historia!...
 »Cuanto al camino abierto de Zaragoza,
 »diles que, de este paso, no se hagan honras;
 »no hay murallas más altas que una fe rota.

»Diles que aten los cueros sobre sus cotas;
 »¡bien la hubieron, allende!... Quedan ahora
 »unos muros, más fuertes que el de Pamplona...»
 Señalaba los montes de la Basconia.

Cede el Rey; á sus dueños el monje torna;
 Roldán, en sus entrañas, siente la Historia;
 lo que piensa ya en hecho se le transforma;
 vuelto al Rey, casi ordena, más que razona.

«—¡Mal ceño Roncesvalles, sire, me toma!
 »Pasadlo vos, llevando la hueste sola;
 »ni cautivas, ni carros; que, entre las rocas,
 »si es ligera una marcha, nadie la estorba.

»Con bagajes y carros y arcas de joyas,
 »yo os quedaré, á la zaga, sire, en buen hora;
 »y así ambos pasaremos, si se nos logra,
 »vos, el lampo; yo, el peso de la corona.

»Con dos de sus mesnadas me den escolta
 »los doce Pares, tea de esta discordia;
 »ellos, que tal hicieron, tal riesgo corran;
 »¡yo, sire, en ampararles tenga mi gloria!»

Comidió Carlomagno: que es fuerte cosa
 dejar tras sí, en el héroe, media corona...
 «—Si, yo lejos, peligras entre las rocas,
 »Roldán. ¿cómo me llamas por que te acorra?»

«—Para mi guarda, sire, mi maza sobra;
 »cuando peligren todos, tengo mi trompa;
 »¡y si por Francia, en ella, mis labios soplan,
 »no han de parar sus ecos hasta Narbona!»

Hablaron... y era el día que, á horas de aurora,
desde el Orzanzurieta, de espalda corva,
les vieron los pastores ganar las lomas,
como sierpe de acero que se desdobra.

LIBRO SEGUNDO

I

Carlomagno y sus tropas toman la delantera;
casi á filo, los hombres pasan la torrentera;
cuatro en fondo no caben, de tan angosta que era;
Carlomagno, en las peñas, roza con la estribera.
Quedan los doce Pares, con Roldán, á la espera;
Roldán se fué á sus solas, para ver la manera
de pasar, á seguras, la balumba guerrera;
las máquinas y carros de la falange entera.

Por el valle, en sus anchos, hormiguea el gentío.
Cierra, á marchas forzadas, un crepúsculo frío;
moja el agua flotante de las nieblas del río;
como la noche llega, todos hacen avío.

Todo son correrías por el valle sombrío;
 todos, gritando, acucian, que asorda el vocerío;
 quién desunce los bueyes; quién trae leña, radio;
 quién arrima las yeguas al caño manantío...

Este apila, en trofeos, lorigas y brazales;
 aquél descarga el hato y aquél arma tendales;
 las mujeres atizan el fuego de jarales;
 los hombres hacen cuento de episodios marciales...
 Todo el valle han poblado; se entran por los breñales;
 quién va al magosto, á oscuras; quién roba recentales...
 Cuando la noche llega, hierven en los fornales,
 de la infurción nocturna las ollas colosales.

Los doce Pares buscan un sitio en la pradera;
 cae á siniestra mano, rostro á la torrentera;
 y es un retiro lleno de paz codiciadera,
 donde, templando el frío que en la humedad prospera,
 unas hayas detienen la niebla volandera.
 El Real de los Pares tiene fama doquiera:
 sedas de Oriente, argollas con hachones de cera
 y los lechos mullidos de pieles de pantera.

Sobre las hojas secas y el matorral de espinos
 extienden por el suelo tapices bizantinos;
 para abrigar los aires, en vasos argentinos,
 sándalo y cedro quemán y resina de pinos;

á su mandado, apresan los esclavos beduínos
 los rebaños que pacen por los prados vecinos
 y les traen sus bufones, para escanciar los vinos,
 doce cautivas moras de labios purpurinos...

El aroma especioso del sándalo ferviente,
 por el ramaje opreso, se queda en el ambiente;
 y flota, como el dejo de una visión de Oriente,
 que el fulgor de la lumbre modela vagamente...
 Las cautivas descogen los velos de su frente;
 y, á la tibia caricia de tanta hoguera ardiente,
 macerarse en perfumes, cada una de ellas, siente
 la magnolia del cuello y el hombro transparente.

Sobre las áureas mesas espanta la riqueza.
 El rubí de los vinos incrusta su fiereza
 junto á los rubios frutos, de olorosa corteza;
 traen entero un venado, que es una brava pieza;
 la canela y el Chipre le quitan su aspereza;
 los ministriles hacen acorde, en la maleza;
 y excitan y atropellan la bacanal que empieza
 los bufones, expertos en juegos de destreza...

Un beduño, que antaño fué grande en su nación,
 melancólico tañe la guzla en un rincón;
 los ministriles callan por escuchar el son;
 la queja de la guzla cobra más expresión...

Toda la noche, en ella, se hace modulación;
 á una mora cautiva le llega al corazón,
 y, al rocío de lágrimas de su propia emoción,
 como un lirio, en la noche, florece la canción.

II

(Kasida.)

Si me era Moraima, mora,
 ¡que Aláh te guarde, el Rumí!
 De tu cautiva que llora,
 ¿quién tiene la cura aquí?

Tengo mensaje
 para mi tierra...
 ¿qué hombre de guerra
 lo llevará?...

Tórtola mansa de mis cantares
 que, querida de tus hogares,
 ves, desde lejos, sus almenares,
 cuando los busques, entre azahares,
 ¿qué mano dura te apresará?

Si me era Moraima, mora,
 ¿por qué me guardas, Rumí?
 Cuando mi sultán me adora,
 ¿por qué estoy tan sola aquí?

Las mis esclavas
 soltad mis velos
 y por los suelos
 caiga el caftán...

Del agua tibia toda olorosa
dadme el abrigo, que me reposa...
¡Todo es en vano; la fiebre acosa;
porque hoy, esclavas, no es esta rosa
para las manos de mi sultán!

Si me era Moraima, mora,
¿por qué me apresas, Rumí?
¡que Aláh mis trenzas, ahora,
torne en sierpes para tí!

Tengo tus ojos
en mi pupila;
y ella destila
tu perdición...

Para tus ojos de nazareno,
sangre de hechizos guardo en mi seno;
si tus codicias no tienen freno,
¡bebe en mi aljibe; todo es veneno
para tus labios, mi corazón!

Yo me era Moraima, mora...
mal que tú mueras, Rumí,
¿qué es, para el alma que llora,
tomar venganza de tí?

Yo me era fuente de plata,
me abría á la luz, en flor;

me era flor de agua, en la mata
de mi oriental surtidor...

Partía el aire, atrevida
de audacia, al primer arranque,
para tornar á mi estanque
deshaciéndome de amor;
que le bastaba á mi vida,
para sus fulgores de astro,
con el tazón de alabastro
de mi oriental surtidor.

Mañana y tarde, á la vera
de mis caudales, venía
mi sultán, que apetecía
las aguas de mi caudal;
yo me era flor bayadera;
y él, en el aire, seguía
las danzas que el aire hacía
con mis hojas de cristal.

Beso que á mis pies ponía,
yo á la luz me lo llevaba
y blanco lirio tornaba,
descogiéndose, en la luz;
y él, por Aláh, me juraba
que el paraíso veía,
cuando el sol le sonreía
de mis aguas al trasluz.

En el agosto y sequía
de nuestras tierras de estío,
mis aguas eran rocío
para mi sultán, Rumí;
y si una racha venía
del ábrego, á deshacerlas,
le adornaban, hechas perlas,
la cinta del tahalí...

¡Quién á mi garganta diera,
para morir, este día,
la reluciente gumía
de mi indolente señor!
¡Quién, como entonces, tuviera
su amor en él y su raza,
cabe la redonda taza
del oriental surtidor!

Si mis aguas apresaron
en barro de alfarería,
¿por qué no se evaporaron
en el aire, al trasmudar?
Hoy blanca nube sería;
y en lluvia me desharía,
si el aire me transportaba
de su nevada alcazaba
sobre el tranquilo alminar...

Yo me era Moraima, mora;
¡maldígate Alah, el Rumí!
De tu cautiva que llora,
¿quién tiene la cura aquí?

.....
.....

—Murió el canto, en el aire; siguió la guzla viva
ritmando el son monótono de su queja nativa...
Dormía ya, en las tiendas, toda la comitiva.
Los rescoldos de hoguera, que un beduino aviva,
daban un lampo oscuro de mirada lasciva;
y angustiaba la queja de la guzla expresiva;
agrandando el misterio que, en la gran noche esquiva,
dejó al callarse, ahogada, la voz de la cautiva...

III

Roldán sabe el peligro; no lo corrió mayor.
 La cañada es estrecha; puesta entre alcor y alcor...
 Deja que pasen días, por que el Emperador
 esté en Francia, á seguras, cuando empiece el horror.
 Sabe que, en la cañada, huelga todo valor;
 no es cosa de los hombres, es cosa del Señor;
 si atacan y el Rey quiere serles amparador,
 quedaría en el puerto todo el imperio en flor.

Deja pasar la noche, tras ella la mañana;
 los días que transcurren son casi una semana;
 ya murmura del héroe toda la caravana;
 van menguando las presas; viven de mala gana.
 Se agostaron los prados de la yerba lozana;
 todos oyen las voces de la patria cercana;
 y á diario la evocan, al son de la campana
 de los monjes, que rezan la misa cotidiana.

Todos muestran cansancio, sino los doce Pares...
 En el Real abundan los vinos y manjares;
 sus cautivas les curan de todos sus pesares;
 y entretienen sus ocios bufones y juglares.

De fijo, no estuvieran mejor en sus hogares;
 colgaron de tapices las hayas seculares;
 con mayor pompa viven que Dios en sus altares
 y sus caballos pacen los mejores henares.

Resuena, por las hoces, la trompa de Roldán;
 cruza el campo la nueva que á levantarlo van;
 todo son correrías; y, en el primer afán,
 todos buscan las armas, no saben dónde están.
 El rumbo á Francia ponen... ¡bien pronto la verán!
 A deshacer tendales todos el brazo dan;
 para augurar del vuelo, sueltan el gavilán;
 al Real de los Pares se encamina Roldán.

«—En el nombre de Dios, el momento ha llegado;
 »nadie extrañe la espiga del trigo que ha sembrado;
 »si os conduzco al peligro, me quedo á vuestro lado;
 »Francia os mira, celosa del nombre que os ha dado.
 »Esta es tierra de amigos; Dios quiera de buen grado,
 »pagarle el noble asilo que en ella hemos hallado;
 »mal que luego nos fuercen, ¡nunca sea probado
 »que Francia no agradece merced que ha descontado!»

Habla Oliverio el mozo, que es de estirpe real;
 los Pares en él miran su señor natural:
 «—El bien que nos ha hecho, yo no lo cuido tal,
 »páguelo Dios, si quiere; no he de llevarlo á mal.
 »Del daño que nos hagan ya me cobré el cabal:

»queden á buena cuenta, por mí y el mi casal,
 »los rebaños diezmados, el prado hecho erial,
 »y de mis propias manos abrasado este hayal.»
 Con un hachón quemaba los paños del Real.

Ríen los doce Pares; Roldán palidecía;
 vuelto á la muchedumbre, su voz la contenía:
 «—Pandilla de rapaces no es de la tierra mía,
 »¡mi maza, sobre el cráneo del osado que ría!
 »Mal haber monedado, Pares, vuestra ironía;
 »si á enmendarla no llego, mal nacido sería.
 »Los rebaños diezmados, los campos en sequía,
 »¡Dios me es testigo cómo los pago en este día!»

Con su mandoble en punta, sobre un peñasco hería
 y brota, al golpe, el caño del agua manantía...
 Moja las tierras yermas, que las reverdecía;
 las praderas recobran toda su lozanía;
 el corazón del héroe sobre el agua corría;
 la mesnada, al prodigio, de rodillas caía:
 la bondad de los buenos cura toda sequía;
 tanto impulso dió al agua, que hoy mana todavía...

—Cava peña bendita de mis tierras de España:
 atestigua del hecho; guarda el nombre, en tu entraña,
 del que, en estos caudales del agua que te baña,
 te dió la flor postrera de su postrera hazaña—.

Los doce Pares tiemblan á la señal extraña;
 mueve el héroe, en silencio; su hueste le acompaña...
 Como el destino, muda, implacable y hurafía,
 delante de ellos abre su fauce la montaña.

IV

EPÍLOGO

Va la Rota cumplida.

No se ha dado batalla;
caen las peñas encima del ejército franco;
y los bascones vengán la deshecha muralla,
ocultos en los muros que forman el barranco.

Impávido, en la oscura rigidez de su cota,
Roldán queda á los hombres en perdurable ejemplo:
y se destaca, sobre las peñas de la Rota,
como un relieve en bronce sobre el frontón de un Templo.

Su áurea trompa, en sus manos, tiene un ígneo destello:
soplando en ella, manda sus ecos á distancia;
y el héroe, heroicamente, muere llamando á Francia
con tal ansia, que estallan las venas de su cuello.

De su propio ardor muere; no de espada enemiga.
Carlomagno le ha oído desde tierra francesa;
cuando le encuentra muerto, cae de hinojos y besa
la yerta mano, sobre la combada loriga.

Levanta, á las cenizas de tantos infanzones,
un tosco mausoleo, que de sus manos cierra;
cuanto á Roldán y al lampo de su gesta de guerra,
le dan sepulcro todos los francos corazones.

Pero cenizas de héroe se salen de una tierra
y él vive en la memoria de todas las Naciones.